

AL GENERAL CARLOS FUERO

LEÍDA EN EL CEMENTERIO FRANCÉS

En el albor de mi revuelta vida,
 Allá en el despuntar de una mañana
 Que doró sus celajes con los rayos
 Del sol de mis primeras esperanzas;
 Cuando sólo ví flores en la tierra
 Y pájaros canoros en las ramas
 Y era la sangre en las henchidas venas
 Un torrente viril de hierro y lava:
 Entonces entre el himno de la Victoria,
 Sobre el ya roto cetro de un monarca;
 Heraldo de valor, sereno y fuerte,
 Conoci á este soldado de la patria,
 Fuerte cual los antiguos gladiadores,
 Erguido como el roble en la montaña,
 Con grandes ojos negros y brillantes
 A que daba expresión la luz del alma;
 Sutiles líneas perfilando el rostro
 Lleno de austera gravedad romana
 Y coronado en la severa frente
 Por negra cabellera ensortijada;
 Así lo ví, su mano generosa
 Estrechó con lealtad mi mano franca:
 ¡Ay! yo empezaba á manejar la pluma
 Y él acababa de soltar la espada.
 El era un adalid... era un Bayardo
 Sin doblez, sin temores y sin tacha;
 Tan sereno al hablar con un amigo
 Como al cruzar el campo de batalla.
 Desde niño, su hogar fué el campamento;
 Su compañera inseparable el arma;
 Su lecho el peñón tosco ó la llanura,
 Su camarín la tienda de campaña
 Y su mejor saludo á la Victoria
 El retumbar sonoro de las salvas.
 Profesó un culto humano y le dió toda
 Su intensa adoración nunca turbada;

¡Amó como á su Dios á la que tuvo
 La gloria de llevarlo en sus entrañas!
 Despues de esa mujer que fué su numen
 A una novia inmortal idolatraba:
 La que le dió su manto en todo tiempo
 Como prueba de amor: la hermosa Patria!

.....
 Cuando cayó en Querétaro vencido
 El infeliz y soñador monarca,
 A quien deshizo el pueblo la corona
 Llevándolo á morir en las Campanas;
 Este soldado custodió á Castillo
 Que condenado á muerte, pidió gracia
 De ver á un sacerdote y á un letrado
 Para arreglar sus últimas demandas.
 « Yo no los llamaré » — le dijo Fuero —
 « Tenéis para buscarlos puerta franca;
 « Sóis todo pundonor y aquí os espero
 Que os van á ejecutar por la mañana ».
 Salió el anciano jefe, con asombro
 De todos los que allí le custodiaban;
 No vuelve, pensó alguno — y Fuero dijo:
 « Un bravo así, no falta á su palabra ».
 Y todos lo sabéis, tornó á su celda
 El jefe honrado de la opuesta causa,
 Y aún no ha podido decidir la Historia
 Quién de los dos más alto se levanta,
 Pero hechos como el hecho que recuerdo
 El mundo admira y los envidia Esparta!
 Y aquí yace el soldado valeroso
 Sin expresión ni luz en la mirada;
 Viene á dormir el sueño que no turba
 El vano ruido de la grey humana.
 Duerme, noble guerrero, en tu sepulcro
 Florece el lauro que la Historia guarda
 A los que como tú, todo lo dieron
 Al deber, á su pueblo y á su patria!
 Duerme; fuiste un soldado victorioso,
 Y á tí no se te llora, se te canta;
 Entra al mundo en que viven muchos héroes;
 De pie te esperan donde nada acaba
 Y al mirarte llegar, llenos de gozo
 Todos te van á presentar las armas.

EN CHAPULTEPEC

Á LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,
A levantar mi voz y á saludaros
En medio de estos viejos ahuehuetes
Que al aire entregan su cabello cano.

En este bosque que eligió por trono
La magestad del tiempo, y del altar sacro
Guarda el castillo cuyos fuertes muros
Están de heróica sangre salpicados;

Aquí, donde palpitan los recuerdos
De aztecas reyes y de heróicos años,
Torno de nuevo á veros, y mi lira
Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

¡Hijos del porvenir! La Patria os pone
Con maternal amor el arma al brazo,
Para que siempre defendáis sus fueros
Sin provocar ni herir á los hermanos!

Más que el arma homicida, guarda el libro
De la victoria el talismán sagrado,
Que no hay arma que alcance cual la ciencia
A la región ignota de los astros,
Y allí siga su marcha, los explore
Y les mida en sus órbitas el paso.

Ninguno alcanzará triunfo más grande
Que el del guerrero valeroso y sabio,
Que el talento es el arma de este siglo
Para alcanzar inmarcesibles lauros.

La fuerza debe de escudar al débil,
Siempre defiende el hijo al padre amado,
Y el cielo en que mecióse nuestra cuna
Velar se debe con el arma al brazo.

Por ley eterna, en afrentosa lucha
Vivirán y han vivido los humanos,
Y hay que esperar en el violento ataque
Salvar de todo intento el suelo patrio.

El libro es astro, pero el arma es fuego;
Mientras el uno nos alumbró el campo,
El arma en semidiós convierte al hombre
Que puede activo fulminar el rayo.

Si tan sólo á gozar se entrega Atenas
La vencerá en su empuje el espartano;
Y si sólo á gozar se entrega Roma,
Atila la hollará con su caballo.

Jamás es tiempo de rendirse al sueño,
Que siempre el enemigo está velando,
Y, cual nueva Judith, llega á la tienda
Cuando ninguno le detiene el paso.

Hoy la patria está en paz, su limpio nombre
Respetan y consagran los extraños;
Pero en el viaje por el mar del mundo,
En este mar tan hondo y tan amargo,

Hay que fijarse hasta en la blanca nube,
No engendre tempestad y brote rayos;
Y hay que velar el suelo en que nacimos
Con fe en el alma y con el arma al brazo.

¡Hijos del porvenir! ya en otros tiempos
Brillaron en valor vuestros hermanos:
Guarda sus nombres con amor la historia
Y la fama les da brillantes lauros.

En este mismo bosque, ellos supieron
Combatir sin temor y sin descanso;
Suárez, Melgar, Barrera, Montes de Oca,
Escutia, Márquez.... Ellos demostraron

Que en las horas de lucha, en los instantes
De combatir sin tregua á los extraños,
« Muere el Colegio, pero no se rinde »,
Que así la muerte es triunfo sacrosanto.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

Seguid tan noble y tan hermoso ejemplo
 Los que gozosos recogéis ufanos
 El premio que alcanzásteis en la lucha
 Serena del estudio y del trabajo.

Arde como en un templo en vuestras almas
 La fe que alienta los primeros años,
 Y en esa hermosa edad todo se mira
 Como un amanecer radiante y claro.

El tiempo correrá, vendrá la tarde,
 Con ella la tristeza y el cansancio,
 Y los arbustos, hoy de verdes hojas,
 Serán cual estos árboles sagrados,
 Vigorosos y erguidos, manteniendo
 Fresca la savia y el cabello cano.

Recordaréis entonces con ternura
 La majestad solemne de estos actos,
 La diana que os despierta cuando el sueño
 Es el más dulce sobre el lecho blando;

Las largas horas que en helada noche
 Sufriendo el cierzo y con el arma al brazo,
 Pasáis de centinelas y os parece
 Que dura un siglo inmenso cada cuarto,

Recordaréis las cátedras severas
 Tan animadas al nacer el año,
 Las ansias del exámen, la victoria
 Del más inteligente y del más apto.

Recordaréis al predilecto amigo
 Que os quiso en el colegio como hermano,
 Y que más tarde le abatió la suerte,
 O murió en la campaña á vuestro lado.

Y si tenéis hogar y teneis hijos,
 Ellos escucharán de vuestros labios,
 Las dulces aventuras de esta vida
 En que sois estudiantes y soldados.

Les pintaréis la augusta ceremonia
 En que llenos de gozo y de entusiasmo,
 Mirábais al que rige con acierto

El destino inmortal del suelo patrio,
 Grande en la guerra y en la paz más grande,
 Daros un premio con sus propias manos.

Y si entonces tornáis al viejo bosque,
 Y miráis estos árboles sagrados
 Y las blancas paredes del castillo
 Que está de heroica sangre salpicado,

Sentiréis que humedece vuestros ojos
 El más dulce y hermoso de los llantos,
 Y que renace en vuestros nobles pechos
 La viva fe de los primeros años;

Y sentiréis á solas, satisfechos,
 Hondo amor á los tiempos ya pasados,
 Orgullo de haber sido del Colegio
 Y orgullo de llamaros mexicanos!

Diciembre, 1º de 1889.

EN LOS FUNERALES DEL GENERAL JESÚS GONZÁLEZ ORTEGA

I.

No vengo débil á regar con llanto
 Los restos del soldado cuyo acero
 Al defender la Patria brilló tanto.
 En acento viril, grave y austero,
 Premio debido al heroísmo santo,
 Vengo á cantar las glorias del guerrero:
 Al que tuvo por ley, por sola norma
 El lábaro inmortal de la Reforma.

II.

Ese enlutado féretro que encierra
 Del bravo luchador el cuerpo inerte,
 Que con su muda pompa nos aterra
 Y que conturba el ánimo más fuerte,

Tan sólo el cuerpo entregará á la tierra
Que ha de trocarse en polvo por la muerte,
Pero eternos serán en nuestra historia
Su fe, su nombre, su valor, su gloria.

III.

Como surge el león, fiero, animoso,
Del fondo de los bosques seculares,
Tú surgiste caudillo valeroso
Del seno de las masas populares:
Y bajo el sol de libertad hermoso,
Al sonar de los himnos militares,
Llevaste con honor esa bandera
Que de Sonora á Yucatán impera.

IV.

¿Qué corazón habrá que no se asombre
De la epopeya liberal que habías
Enaltecido tanto con tu nombre?
¡Oh muerte! ¡y cambias en cenizas frías
El venerado cuerpo de aquel hombre,
Emblema de la fe de aquellos días!
¿Qué viento helado extinguirá esa llama
Eterna en los espacios de la Fama?

V.

Quien vuelva sus miradas al pasado
Y te contemple apuesto y aguerrido,
Con lauros de victoria coronado
Y en los brazos del pueblo conducido;
No creerá que más tarde, abandonado
Con negra ingratitud en hondo olvido,
Te hallaste, como en lóbrego desierto,
Vivo en la Historia y en tu Patria muerto.

VI.

Aun puede recordar el pensamiento
Que con su vuelo audaz todo lo alcanza;
Aquellas horas de luchar violento,
De rencor, de bravura y de matanza.
Eras de tus soldados el aliento,
De redención del pueblo la esperanza,
Y orgullosos pasaban tus corceles
Entre vivas, y aplausos y laureles.

VII.

El lazo rojo en el erguido cuello
Símbolo de su causa redentora,
En tus ojos la fe como destello
Y en tu diestra la espada vencedora;
Bajo este patrio sol, ardiente y bello,
A México llegaste y la sonora
Voz del pueblo en tu torno repetía:
¡Héroe de Calpulálpam, Dios te guía!

VIII.

De augusta libertad el sol divino,
Bañó en luz el pendón de tus legiones;
Bajo palmas de triunfo en tu camino
Latieron los patriotas corazones:
Y cuando en Puebla te venció el Destino,
No de Francia los fieros batallones:
Presentaste, asombrando al extranjero,
Rotas las armas y el Honor entero.

IX.

Tú fuiste de los libres la muralla
En horas de dolor y luto llenas;
Tú, que joven los campos de batalla
Regaste con la sangre de tus venas.
¿Y después....? ¡ay! de sentimiento estalla
El corazón, al comprender tus penas,
¡Oh amarga y torpe ingratitud del hombre!
¡Nadie en el triunfo pronunció tu nombre!

X.

Allá.... muy lejos... pueblo hospitalario
De patriotismo y de virtudes foco,
Te acogió como á nuevo Belisario,
¡Ay! y aquí, tu valer teniendo en poco,
Olvidaron al héroe solitario
Y la calumnia te llamaba loco.
¡Cuán profundo dolor habrás sufrido
Loco de decepción, loco de olvido!

XI.

No, no fué de la patria el golpe rudo
Que te dejó en las sombras sepultado,

La patria es madre, y cuando hablarte pudo
Te dijo: « Vuelve á mí, noble soldado,
Despierta gladiador, ven con tu escudo
Que ninguno venció ni está manchado ».
Y al oír de su voz el eco cierto
De gratitud y de emoción has muerto.

XII.

Miradle allí.... la Patria entristecida
Llora en la cripta que su cuerpo encierra,
Tiene su frente de laurel ceñida
Y si ya no veremos en la tierra,
En sus ojos el fuego de la vida,
Ni en sus manos el rayo de la guerra;
Su nombre alumbra con eterno rayo
El sol de Zaragoza, el sol de Mayo.

XIII.

Héroe, descansa en paz, los que podemos
Juzgarte sin envidia ni rencores,
Siempre cual hoy, tu gloria cantaremos;
Y siendo de tu ejemplo imitadores,
Con honra y con valor defenderemos
La fe de tus principios redentores,
¡Siempre, jóvenes hoy, mañana ancianos,
Sostendrán tus banderas nuestras manos.

XIV.

Duerme el eterno sueño, has merecido
Bien de la Patria por tus grandes hechos;
Al borde de tu fosa hemos venido
Jurando defender nuestros derechos;
Tus glorias nunca empañará el olvido,
Y siempre habrán de verte nuestros pechos:
¡Vivo en la historia, en el sepulcro inerme!
¡Héroe de Calpulálpam, duerme.... duerme...!

México, Abril 1º de 1881.

EN MEMORIA DEL GENERAL CARLOS PACHECO

¡Oh vida! ¡combate humano!
Tus adalides ¿qué son?
Deleznable encarnación
De polvo frágil y vano.
¿Quién profundiza el arcano
Do tus destinos están?
La fe, la gloria, el afán
Que con la esperanza juegan,
De un obscuro abismo llegan
Y á un obscuro abismo van.

Revuelto y profundo río
Donde el viento desbarata
Los aljófares de plata
Que le regala el Estío;
Légamo inmenso y sombrío,
¿Qué fueras sin la memoria,
Sin la verdad, sin la gloria
Que con el olvido en guerra,
A los muertos de la tierra
Los resucita en la Historia?

Ya el talento, ya el trabajo,
Inmortal recuerdo deja;
Noble se llama á la abeja
Y vil al escarabajo.
Del gañán que hienda el tajo
Al sabio que absorto lea,
No hay labor que útil no sea
Y que el hombre no bendiga:
El gañán busca la espiga
Y el sabio busca la idea.

No todo muere ni pasa,
Que no todo es polvo leve,
Si el sepulcro torna nieve
El fuego que nos abrasa;
Si todo la muerte arrasa
Y lo lleva al ataúd...
¿Quién por el terrible alud
Rodar ha visto el Honor,

El Genio, la Fe, el Valor,
La Bondad y la Virtud?

Sin los nobles ideales
De un dulce romanticismo,
¿Qué hicieran frente al abismo
De la muerte, los mortales?
¿Todos seremos iguales
Al morir? ¡Vana impostura!
Aun en tosca sepultura
Quien vale al olvido humilla,
Que más el cocuyo brilla
Si la noche es más oscura!

Estudad á los cautivos
Del mundo, sabios expertos,
Y encontraréis vivos muertos,
Y muertos que siguen vivos.
Los robles del monte, altivos
Desdeñan la tempestad,
Con la misma magestad
Que á un sér superior conviene;
Y así como el monte, tiene
Sus robles la humanidad.

Nacer en modesta cuna
Y en apacible pobreza,
Sin señuelos de nobleza
Ni mimos de la fortuna;
Domeñar una tras una
Amargas contrariedades,
Y ante añejas sociedades,
Con suerte dura y contraria,
Ser como la procelaria,
Hijo de las tempestades.

Ser un gladiador romano
En los campos de batalla;
Entregar á la metralla
Despojos del cuerpo humano;
Sangrando, sin pié, sin mano,
Buscarse extraña andadera
Y trepar á la trinchera
Con medieval hidalguía,
Vitoreando en agonía
Su caudillo y su bandera!

Vivir triste y mutilado
En constante actividad,
Con la extraña dualidad
Del apóstol y el soldado;
De nuevo lanzarse osado
Por su causa á combatir,
Hallar la meta, subir,
Y firme con la fe ilesa,
Darle cauce á toda empresa
De gloria y de porvenir....

Ser un Bayardo en lealtad,
Ser un Cid en el valor,
Un pródigo en el favor
Y un estóico en la verdad.
Ser prócer en la ciudad,
Gladiador en la campaña,
Cazador en la montaña,
En todo, soplo que agita,
Y un labrador eremita
Muriendo en una cabaña!

Tal admiré y comprendí
La labor inteligente
Del héroe humilde y ausente
Que recordamos aquí.
Jamás honrado me ví
Con el renombre mundano
De «su amigo» ó de «su hermano».
Muerto, aun vierte sus reflejos,
Y hoy que está lejos, muy lejos,
Busco en la sombra su mano!

Ausente: juzgue la Historia
Tus obras; yo sé que son
Hijas de noble ambición
De dar á tu patria gloria.
A tu fosa mortuoria
Basta un emblema viril:
Que allí corone el buril
Tu frente limpia y altiva
Con la fresca siempreviva
Que fecunda el sol de Abril.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

Á LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL 29 DE NOVIEMBRE DE 1891

¿Por qué en toda ocasión me halláis dispuesto
Entre vosotros á tañer el arpa
Y cantar vuestros méritos, seguro
De que acojéis, benignos, mis palabras?

Porque sois, á mis ojos, la más cierta
Encarnación viril de una esperanza;
Los predilectos hijos en que afirma
Su fe en el porvenir, la madre Patria!

Yo os hablo desde tiempos venturosos
En que lo mismo que soñáis, soñaba;
Cuando aún eran capullos esas flores
Que un aire helado marchitó en el alma.

Hay un íntimo culto en cada pecho
Que se alimenta con eterna llama
Y que la negra decepción no extingue
Ni el tiempo borra ni la edad apaga.

El culto por la tierra en que nacimos,
Tierra que tantos héroes consagraran
Y á costa de dolores y amarguras
Por bravos adalides libertada!

¿Qué fué de su grandeza primitiva?
¿Dónde está el esplendor de sus monarcas?
¿Qué nos dice este bosque de sus glorias?
¿Qué nos cuenta ese sol de sus hazañas?

Preguntad á los viejos ahuehuetes
De verdes hojas y guedejas blancas,
Pues ellos pueden descifrar los signos
Que en toscas piedras nos legó su raza.

Preguntad á los « cactus » espinosos
Que pueblan las llanuras solitarias
O á los azules lagos que en un tiempo
Ondularon besando sus piraguas.

Cayó el guerrero intrépido que vive
Cual semi-diós en la broncea estatua
Y que aún parece irradia su semblante
La luz de gloria del antiguo Anahuac.

El espíritu heróico de ese atleta
Quedó errando en su tierra infortunada
Y aconsejó en la sombra á los primeros
Que desafiaron el poder de España.

Cruzó á la par que satisfecho triste,
Sobre el cadalso augusto de Chihuahua
Y se cernió cual águila orgulloso
Viendo á Morelos combatir en Cuautla.

Acompañó hasta lo último á los bravos
Que no tuvieron en la lucha santa
Más recompensa que ominosa muerte
Ni más afán que libertar la patria.

La columna de fuego que á los hijos
Amados de Israel á Sión guiara
No fué más que el espíritu gigante
Del indio rey que enalteció su raza.

Por los aires vagando infundió aliento
Al caudillo del Sur en las montañas,
Y recogió los últimos suspiros
Lanzados en los campos de batalla.

Dió un ósculo en la frente á los guerreros
Cuando la gloria coronó su causa
Y á su tierra natal volvió posado
En la nueva bandera de la patria.

Surgió otra vez cuando invasor odioso
El bosque azteca con sus pies hollara
Y estuvo al lado de los héroes—niños
Que aquí murieron asombrando á Esparta.

Fué ese espíritu el noble compañero
De un hijo de su génio y de su raza,
Que en el desierto se mantuvo errante
Dando á la ley su corazón por arca.

Y ese espíritu aún vaga en estos sitios,
Cruza en la soledad por estas ramas
Y os mira con amor cuando la aurora
Enhebra perlas y diamantes cuaja.

Baja al bosque en los rayos de la luna
Que argenta las paredes de este alcázar,
De magestad reviste á los volcanes
Que se yerguen cual mudas atalayas
Y os habla con la voz de los zenzontles:
¡Alados bardos que escuchó el Anahuac!

¿Qué puedo yo deciros cuando él sabe
Comprender como nadie vuestras ansias,
Coronar con sus mantos vuestros sueños
Vestir de luz las dulces esperanzas
Y besar con orgullo vuestras frentes
Cuando en el brazo sustentáis el arma?

¿No sentís que se cierne jubiloso
En esta fiesta noble y consagrada?
¿No sabéis que él aplaude la victoria
Que logran el talento y la constancia?

Imitad su entereza y su bravura,
Como él abrid para lo grande el alma,
Y seréis en la tierra y en la historia
Orgullo y regocijo de la patria.

29 de Noviembre de 1891.

Á VICENTE RIVA PALACIO

DESPUÉS DE SU PRISIÓN; EN DÍAS PRÓSPEROS.

Si adversa suerte con el genio impía
Quiere empañar tu nombre esclarecido,
Y tornas á tus libros y á tu olvido
En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía
A hablarte de esperanzas al oído
Y tornaré á venir como he venido
A compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora
Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece
Tiembra y huye la turba adúladora.

Hoy que á cantarte van porque amanece
Dale un recuerdo al que padece y llora
Con el preso que llora y que padece!

1885.

EL GENERAL RAMÓN CORONA

Á LA DISTINGUIDA SEÑORA MARIA-ANA MAC-ENTEE,
VIUDA DE CORONA

Con la varonil belleza
De un joven soldado griego,
Dulce y franco en el lenguaje
Y en el carácter enérgico;
Alzándose con las alas
Del trabajo y del talento,
Y sin tener más blasones
Que su valor y sus méritos;
Ramón Corona era un hombre
De los que admiran los pueblos,
Porque cruzan por la tierra
Tan sólo de tiempo en tiempo.
Nació en honrada pobreza,
Y desde su albor primero
Con su personal trabajo
Ganó renombre y sustento.
Entró al campo de batalla
Desde sus años más tiernos
Y por sus costumbres puras,
Por su carácter discreto,
Por su valor sin medida,
Y su actividad sin término,
El lugar más prominente,
El más distinguido puesto,
Lo conquistó con aplauso
De contrarios y de adeptos.

Era, al mirarle á caballo,
Por lo arrogante y lo diestro,
Rival del gaucho más ágil
De cuantos las pampas vieron
Y en las horas de peligro
Era un adalid de hierro,
Al que nunca rindió el brazo